

## Dura Lex

¡Muramos! Nuestras almas pecadoras  
Que amaron, que sufrieron, que aun esperan  
Ya están en el Calvario. Delatoras  
Las infieles amadas, vengadoras,  
No cesan de gritarles ¡Mueran!..... ¡Mueran!

Muramos sin Tabor. Hay en la vida  
Ocasos sin auroras. Tempestades  
Sin iris. Tiernos pechos sin egida.  
Sin castigos, innumerables maldades,  
Moribundos sin bálsamo en la herida.

Si los castos ideales perecieron  
Del amor en la pérdida acechante,  
Perdón para los Judas que vendieron  
Nuestra fe y al besarnos nos perdieron.....  
¡El palio de la cruz es la esperanza!

Amar es el delito imperdonable  
Que en el Pretorio condenó Pilatos.  
Mas el Hijo de Dios oyó inmutable  
La sentencia fatal, inexorable... ..  
¡Y perdonó Jesús á los ingratos!

QUIRINO ORDAZ.

Tepic, 1895.

## MINIATURAS.

I

Cuando viene la noche, triste y oscura,  
Sin ruidos, sin astrales fulguraciones,  
Despertando las mudas palpitaciones,  
Cruza el cielo de mi alma tu imagen pura.

La aparición divina de tu hermosa  
Sólo un instante esplende con radiaciones  
Fugaces, cual las rojas exhalaciones  
Que rasgan las tinieblas allá en la altura.

Cuando desaparece, mi alma se agita  
Bajo el influjo extraño de mi deseo  
Y pienso en la tristeza loca, infinita,  
Que la estatua de mármol del mausoleo,  
En panteón sombrío desamparada,  
Siente al venir la noche triste y callada.

II

Al templo penetró, casi demente;  
Junto al altar, doblando la rodilla,  
Al fulgor de nocturna lamparilla,  
Posó en el mármol la abrasada frente.  
El templo estaba solo. Reverente,  
Con la sincera fe del que se humilla,  
Elevó su alma en oración sencilla  
Al Supremo Hacedor Omnipotente.

¡Cuán fervorosa y triste la plegaria  
Rodó por la ancha nave solitaria!  
¡Una hora pasó! Siempre de hinojos.  
Desfalleciendo al fin por el quebranto  
Quiso llorar—¡es un consuelo el llanto!—  
¡Y no tenían lágrimas sus ojos!

III

Pensaba y escribía en mi aposento.....  
Escuchaba á lo lejos los fragores  
Del sordo trueno, y cerca los rumores  
Del ramaje mecido por el viento.  
Y ella vino á mi lado y encendidas  
De pasión las mejillas, «¿En que piensas?»  
Me dijo y respondió: «¿En las inmensas  
Congojas que me aguardan, si me olvidas!

BENJAMIN RETESH.

Tepic, Agosto 10 de 1895.

## AZAHARES.

La campanita del templo  
Llamando está á misa de alba,  
Mientras sollozo en la tumba  
De mis muertas esperanzas.

Ramilletes de azahares  
Adornan cirios y gradas,  
Y el sacristán me pregunta  
De mis sollozos la causa.....

Acicalados señores  
Y aristocráticas damas  
Han concurrido al entierro  
De los sueños de mi alma.....

Está en el altar María;  
Al pie del altar mi amada.....  
En el rostro de la Virgen  
Se miran rodar las lágrimas!

Me dirige el padre cura  
Consoladora mirada.....  
Yo me reclino en el muro  
Porque la vida me falta!

Allá en el coro la orquesta  
Fúnebres notas exhala.....  
¡Y dicen que es la armonía  
Un bálsamo para el alma!.....

Él la conduce risueño,  
Ella va pálida..... pálida!.....  
En mi pecho los amores  
¡Qué triste responso cantan!

FERNAN GRANA.

(Cop.)



SE acercaba el día de mi nombre. Día feliz, durante el cual las gratas sensaciones se unían en mi alma, se enlazaban como las notas multicolores de un kaleidoscopio en movimiento. Primero, en una bandeja inundada de rosas, dos planillas llenas de cifras trazadas por mano infantil, que hacían que mis ojos se anublaran por las lágrimas y que mi corazón resplandeciera de felicidad..... ¿Qué significaban aquellas letras torpemente trazadas? ¿aquella *a* que quería ser de tipo puro inglés, y que resultaba desgarrada, mal unida, en divorcio simétrico con la letra compañera? La leyenda decía: «A mi papá en su día.» Ah! sí, «á mi papá en su día» y apenas pude leer las seis palabras, pues la emoción embargaba mi voz. ¡Cómo aquella elocuencia vulgar de cinco años, me hizo llorar! ¡Bendita cabeza rubia! ¡Benditos rizos! ¡Benditos ojos de un azul tan sereno como el cielo! ¡Bendita mano que así cosquilleaba en mi alma hasta hacer correr en silencio esas gotas incoloras, diáfanas siempre, que se llaman lágrimas!

«A mi papá en su día» ¡Ah! acercaba la planilla á mis ojos; la leía, la releía, la volvía á leer; mi angustiosa emoción requería el uso de mis lentes; me los ca-

laba, ponía el papel frente á mí, y con miradas que eran un beso, con voz que era un sollozo, murmuraba yo, una y cien, una y mil veces:

«A mi papá.....»

¡Vamos! Y no podía seguir. El corazón se me saltaba del pecho..... Miraba de reojo á la chiquitina y, repito, aquello no era posible.....

Mi mano iba al bolsillo; buscaba, escudriñaba nerviosa, como si para los dedos hubiese tiempo y éste fuese corto, una moneda, cinco céntimos, cualquier cosa, y salía la gala reluciente, flamante, deslumbradora por su brillo..... La niña, llena de júbilo, recibía el inesperado premio, y después, por el corredor embalsamado por los tiestos, al par de los gorjeos que salían de las jaulas distribuidas de trecho en trecho, se oía su risita juguetona, cadenciosa y argentina....

Sobre mi bufete, semi-oculta por las rosas quedaba la planilla ¡La planilla que había costado á la maestra tantos días de ensayo y á la niña tantos días de gloriosa lucha con la divina ineptitud de sus manecitas más suaves que el raso y más blancas que el más blanco ampo de nieve!

A la sorpresa de aquellas letras de deliciosa incorrección, seguían la colcha primorosamente tejida, la



bata bordada incomparablemente, las pantuflas de artístico y caprichoso dibujo, media docena de pañuelos de seda..... En todo, la mano de ella, la madre, solícita, cariñosa, llena de esa tierna atención que á todas luces intentaba adunar, en su obsequio delicadísimo, lo útil á lo agradable, como dice Horacio; lo que significaba una reposición á prendas que me hacían falta ó una discreta sorpresa con presente que sería de mi agrado.

Después..... ¡Dios mío!..... después... una cajita, especie de pequeña alcancía, con ahorros: contadas monedas de oro; los sacrificios de muchos días; las privaciones, ¡Dios santo! no de muchos placeres, sino de tantas necesidades..... ¡Lágrimas prensadas en troquel! Algo reluciente que valía mil veces menos que aquellos diamantes que en tantas noches se evaporaron al calor de unas mejillas encendidas por el dolor, y que fueron unas ocasiones de resignación, otras de consuelo y que, siempre, siempre simbolizaron una oración..... Era la cuelga de mi madre. Iba un papel dentro. No; aquello no tenía designación en el Diccionario humano: constituía una súplica por la fe; encarecimiento mudo por mi felicidad..... ¡La dulce Virgen así me lo dijo en la ruda expresión de una litografía mal ejecutada! Una medalla, un rosario cuidadosamente envuelto en papel de seda, un fragmento de palma bendita..... Y, pueden Uds. creerlo: sobre todo aquello, aunque no lo vieses mis ojos, aunque no lo percibiesen mis oídos, un beso prolongado, mudo, sin ecos, que se quedaba allí, callado, como se queda el calor en el nido, como se queda el amor en labios que no hablan, como se queda la resignación en el corazón de una madre.

Yo que no puedo asegurar sin descaro, el haber sido modelo de creyentes, me sentía subyugado por aquellos amuletos. Llevaban para mí una santificación: el amor de mi madre. Una fe: la fe suya. El piadoso ruego, se levantó así siempre de mi alma, como la blanca espiral de humo, de la esmirna arrojada sobre las brasas. Así pude orar. Así pude creer. Así mis rodillas se han sentido vencidas en esa lucha de siniestro escepticismo, y se han doblado.....

Aquel día era la víspera de mi santo. Todo fué tráfago y bullicio en mi hogar. Ya quedaban arregladas la sala y mi alcoba; faltaba mi estudio. Los libros se veían regados acá y acullá, prontos á ocupar un puesto cedido, no por la materia del texto, sino por las dimensiones. En mi biblioteca, la mano de mi dueña, era gran reguladora de tamaños. Poco importaba Stuart Mill al lado del diccionario de cocina y en seguida la Biblia.

Entré á la estancia y me sorprendió la palidez del semblante de María. En esos instantes arreglaba el *totum revolutum* de los cajones de mi bufete.

Me aproximé sorprendido.

—María,—le dije—tú estás enferma.

No me contestó. Incliné su cabeza y siguió su faena. Aquella esquivez llamó ya mi atención.

—¿Qué te pasa?—insistí.

Nuevo silencio. Me aproximé y observé que de sus mejillas descendían dos lágrimas silenciosas. Alarmado me acerqué á darle un beso, pero ella, rechazando mi cara con adorable emoción, esquivó la suya. Por la primera vez me sucedía aquello. Volví á interrogarla y no me contestó.

—Pero es injusto lo que haces,—le dije.—Y en efecto mi conciencia de nada me acusaba. Hice un rápido examen interior, y nada, nada: me encontré impecable.

Mas aquella frente ensombrecida de María, bien claro me hizo ver que algo extraordinario, y algo extraordinario que me atañía á mí, estaba pasando en su alma: adiviné su lucha angustiada con ideas que daban á su frente una inequívoca expresión de dolor.

—María—le dije ya emocionado—¿qué es lo que tienes que reprocharme? Ella nuevamente bajó la cabeza, y copiosas lágrimas acudieron á sus ojos. Oprimí mis labios, con pasión, en sus manos que glacialmente me dejó abandonadas y volví á decirle con acento insinuante:

—Por Dios, María, que vas á amargarme el día de mañana. Me iré al campo. Huiré de aquí; haré el agravio á mis amigos de no recibirlos, pero no habré de permanecer donde me agobias con el más injusto y extraño de los pesares.....

María con la voz embargada por la más profunda emoción, sin poder articular una sílaba, sólo abrió el cajón del bufete—una involuntaria distracción me había hecho olvidar la llave allí,—y me mostró en el fondo de él, un ramo marchito.

Yo sentí un estremecimiento. Involuntariamente me apoyé en el respaldo de una silla. Ella sorprendió, sin duda, la impresión nerviosa que experimenté, porque, ya no dueña de su dolor, ocultó su cara, sollozando, entre ambas manos.

Fué un instante; menos de un minuto; el tiempo que un pensamiento de dolor tarda en rasgar las lobregueces del cerebro: algo luminoso se levantó dentro de mí, y casi enloquecido, sentí que el recuerdo me llevaba á aquel tristísimo y desolado panteón. ¡Qué cielo tan implacablemente limpio! ¡qué crueldad tan apacible la del viento!..... Serían las cuatro de aquella tarde. Yo había llegado primero que nadie. El silencio de las tumbas era aterrador. El sepulturero apenas empezaba su labor de abrir el fatídico sepulcro... ¡Dios santo! ¡y aquella tierra iba á devorar al pobre niño! Mañana, después, ¿qué sería de aquel cuerpecito adorado? Y me parecía que del fondo oscuro de la huesa, en tropel, como para exhibirse con escarnio, salían ejércitos de gusanos..... Estaba clavado allí, con la fúnebre quietud de un ciprés, cuando oí ruido de pasos. Volví el rostro y como á través de una nube

ví la cajita azul..... Vacilé como un ébrio..... ¡Encanto mío! Así se iba para siempre sin mis besos y sin mi nombre..... En mis culpables amores, apenas había tenido tiempo para mirarlo. No, ¡no fué compasión! ¡no fué vergüenza! ¡Inocente! ¿por qué había de ser él, responsable de mis faltas? ¿por qué había de pagar una ignominia por la que él pasó como el cisne sobre el lodo, sin mancharse las alas? Abrieron el pequeño ataúd. Mis cabellos se erizaron: allí estaba él, puro, con las manecitas cruzadas sobre el pecho; blanco como un lirio; parecía que en su sueño misterioso estaba sonriendo... ¿Con quién reía así, Dios mío? ¡Ah, sí; ¡sin duda! Con los ángeles del cielo que yo no podía ver, por que los malos,—me decía en mi angustia—no alcanzan esas excelsitudes. El cuerpecito del niño descansaba sobre un verdadero nido de flores. Sobre el pecho, como el símbolo de la alma que no residía ya allí, estaba un ramo de fragantes rosas blancas, miosothis y pasionarias..... Inconsciente tomé aquel ramo fatal; lo oprimí contra mi corazón con todas las energías de mi dolor; me incliné sobre el niño y cuando levanté mi rostro parecía que el rocío de la noche había refrescado, mejor aún, había llovido ésta el llanto de sus estrellas, sobre el blanco mate del cadáver..... ¿Cómo pude resistir aquella pena? No lo sé. Cada palada de tierra cegaba mis ojos y mis oídos percibían aquello como rumor de cataratas. ¡No! de truenos..... de algo horrible, algo sin nombre, que para mí fué un desquiciamiento de lo que me rodeaba, cataclismo, ¡no sé qué, Dios santo!

Las tumbas daban vueltas en mi derredor; me parecía percibir pavoroso chocar de huesos y como horrendo conjuro, veía mil espectros descarnados que se llevaban así á mi niño, sin piedad y sin que les conmoviera su dulce, su apacible aspecto de ángel dormido!

Cuando llegué á mi casa, mis manos crispadas aban-

donaron en el fondo del cajón, aquel dolor hecho flores.....

Todo ese drama que tuvo por testigos los estúpidos verdugos de mi falta—los enterradores—y yo, el infeliz triunfador de aquella catástrofe, pasó, como dije, en un minuto horrible por mi imaginación. Dejó un surco sangriento como el hierro al rojo vivo que desgarraba las carnes de los mártires.

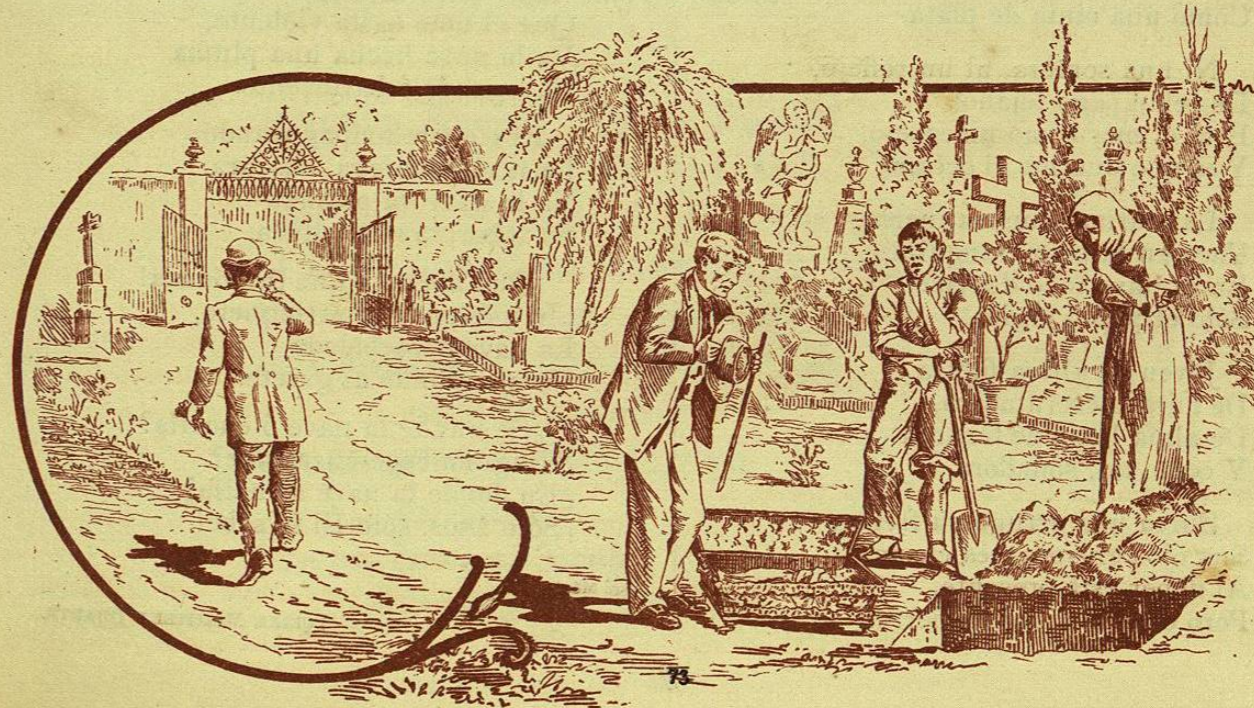
Miré á María que tenía entre sus manos el ramo fatal. Un instante me quedé hecho un imbécil ante aquel reproche mudo de mi santa compañera. Pareció por la dureza de su pena, que ella, con intuición maravillosa lo había visto todo, y cuando sus grandes ojos negros, empañados por el llanto, se clavaron en mí, bajé la frente. ¡Dios mío! Sentía yo que aquella página de dolor la estaba leyendo..... Hice un esfuerzo sobrehumano.

—¡Ese ramo!—dije y me reí con risa que me dolió más que un sollozo.—¡Ese ramo! Tonta..... Ya te olvidaste del último festival en el casino..... Al volver del banquete, lo arrojé allí, como un estorbo, y ya ves, tan poco me preocupé de él, que ha tenido tiempo para marchitarse..... ¡Tonta!

Con jovialidad espantosa, riendo convulsivamente arrebaté..... ¡no! ¡arranqué de las manos de María la prueba fatal, el lúgubre testimonio de mi culpa, y lo hice mil pedazos.....!

¡Ay! Y ví que las hojas marchitas se iban como el alma de mi niño; y sentí impulsos de llorar; y comprendí que destruído el recuerdo, el remordimiento, como si aquel fuese su combustible, surgía más vivo, más poderoso; y en presencia de María tuve que reirme mucho, mucho por esos celos tan tontos que la hicieron derramar—se lo decía, con acento de sollozo,—lágrimas inútiles!

IGNACIO OJEDA VERDUZCO.





## EL NAUFRAGIO

Zarpa la nave del puerto  
Con majestad soberana;  
Ya en plena mar, un desierto,  
y la tierra allá lejana.

Se desliza haciendo alarde  
De su potencia á sus solas;  
Van, declinando la tarde,  
Y durmiéndose las olas.

Sigue la nave su paso,  
La luna á rielar empieza,  
Hundido el sol en su ocaso,  
¡Qué silencio y qué tristeza!

Sólo se oye un ruido sordo,  
Persistente, acompasado,  
Todo el mundo se halla á bordo,  
Pensativo, emocionado.

Pudiera el mar cuyas frondas  
No se conocen en tierra,  
Sepultar entre sus ondas  
A cuanto la nave encierra.

Pero no; la mar tranquila  
Presagiando está un buen viaje,  
Apenas la nave oscila  
A impulsos del oleaje.

El cielo azul y sereno  
Cubierto de luminas,  
La mar retrata en su seno  
Las estrellas á millares.

La estela fosforescente  
Se prolonga, se dilata,  
Y va de popa pendiente  
Como una cinta de plata.

Ni una sombra, ni un reflejo,  
De relámpago lejano;  
Está el mar como un espejo,  
Y es que duerme el océano.

La marina chusma inerte  
Yace en la proa tranquila,  
En la nave todo duerme,  
Sólo el piloto vigila,

× Joven de altiva figura,  
De mirada escrutadora,  
De alma llena de ternura  
Y como tal, sofiadora.

Surca una arruga su frente,  
Sus ojos chispeantes cierra.  
Al deber está presente,  
Pero está su amor en tierra.

Su cabello al aire flota,  
Ve hacia tierra con empeño.....  
El paso de una gaviota  
Lo arranca de aquel ensueño.

Registra el mar, se concentra,  
Y aunque la distancia mida,  
Ningún obstáculo encuentra  
En aquella mar dormida.

En lo profundo del cielo  
Fija sus ojos airado,  
Ve un celaje, es un pañuelo  
Por la forma que ha tomado.

Previsor como prudente,  
De resolución se arma,  
Convoca á toda su gente  
Dando su toque de alarma.

La que fué una nubecilla  
El inmenso espacio cubre,  
Surgió anunciando sencilla  
El equinoccio de Octubre.

Orza la nave, da un tumbo,  
Obedece aunque se encara,  
Fija el piloto su rumbo  
¡Y á vender la vida cara!

El mar encrespado ruge,  
Mal la bocina se escucha,  
La nave impulsada cruje  
Sin doblegarse en la lucha.

De través la nave choca,  
Vacila, ¿pero en qué ha sido?  
En una escondida roca  
De aquel mar embravecido.

Vira en redondo, obedece,  
Su marcha un instante afloja;  
Pero se repone y crece  
Y al mar, jadeante se arroja.

Sobre montañas de espuma  
Que el noto agita violento,  
Va la nave hecha una pluma  
Navegando á barlovento.

El cielo relampagueando  
La noche lóbrega, obscura,  
Ya la nave va picando  
Su soberbia arboladura.

¡Qué noche y que turbonada!  
Sin mesana y sin trinquete,  
La nave desarbolada  
Va navegando al garette.

¿Se hunde la nave ó encalla?  
¿Ninguna esperanza cabe?  
¿En donde la nave se halla?  
¡Sólo Dios, sólo Él lo sabe!



—¡Canta, loco!—exclamó uno.  
—¡Que cante!—gritaron todos,  
y una guitarra pusieron  
en manos de Juan el loco.  
Templó el imbécil las cuerdas;  
fijó en el techo los ojos;  
y tras un breve rasgueo,  
cantó así, con triste tono.

\*  
\* \*

“¡Noche Buena! ¡Noche Buena!  
¡oh noche de Navidad!  
¡qué larga pareces al alma que penal  
al alma que goza ¡cuán breve y fugaz!  
Para mí que ya no guardan  
mis mustias y secas flores  
miel de amores,  
tus minutos mucho tardan  
en pasar,  
Noche Buena, Noche Buena  
¡oh noche de Navidad!